

Borges y Reyes

JUAN JOSÉ BARRIENTOS

Según Amelia Barili,

el concepto alfonsino de inteligencia americana como libertad creativa propia del que escribe entre dos culturas impulsa a Borges a liberarse de sus ataduras al color local y lanzarse a sus revolucionarios experimentos con el legado europeo y latinoamericano, marcando un cambio de estilo que a su vez influiría en otros escritores latinoamericanos.

Barili recuerda que

en respuesta a Pérez Martínez que lo acusaba de no escribir de temas nacionales, Reyes contesta que lo costumbrista o lo pintoresco no es todo lo mexicano ni es siquiera lo esencialmente mexicano, y advierte que la realidad nacional reside en una intimidad psicológica involuntaria e indefinible... que estamos fabricando entre todos.

Durante los años que pasó en Argentina y Brasil, Reyes maduró la idea de que el poeta no puede dejar de ser producto de la realidad que lo circunda, y que por lo tanto, al ser él latinoamericano, sus vivencias serían de algún modo similares a las de otros latinoamericanos. Reyes insiste en que ningún tema le es ajeno y que si logra captar sus vivencias y expresarlas en forma artística éstas pertenecerán naturalmente a su tierra. Y estas ideas reaparecen en el famoso ensayo de Borges sobre "El escritor argentino y la tradición", donde, como señala Barili,

Borges incurre en un préstamo cercano al plagio cuando asegura que:

"No podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentinos es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara.

Creo que si nos abandonamos a ese sueño voluntario que se llama la creación artística, seremos argentinos y seremos, también, buenos o tolerables escritores.

Todo lo que hagamos con felicidad los escritores argentinos pertenecerá a la tradición argentina, de igual modo que el hecho de tratar temas italianos pertenece a la tradición de Inglaterra por obra de Chaucer y de Shakespeare."

Como Reyes ante Pérez Martínez en 1932, Borges utiliza estos razonamientos para defenderse de los críticos nacionalistas —Juan José Sebreli, Adolfo Prieto y David Viñas— que lo acusan en la década de 1950 de no tener una obra válida para Argentina.

Del mismo modo que Borges nunca antes había asentado por escrito que las *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob fue el modelo de su *Historia universal de la infamia*, sino hasta que publicó su ensayo autobiográfico, tampoco mencionó a Reyes en su ensayo sobre "El escritor argentino y la tradición", escrito en 1951, pero lo incluye en la reedición que hizo en 1957 de *Discusión*, un libro que le inspiró Reyes y que consideró como el primero digno de aparecer en sus *Obras completas*. Además, en el artículo que había publicado un año antes en *Sur* con motivo de la muerte de su amigo, recogido en *Borges en Sur* y en *Alfonso Reyes en Argentina*, Borges hace referencia a las mismas ideas y esta vez dice claramente que las aprendió de Reyes. Por cierto, Borges escribe que "la memoria de Alfonso Reyes... es virtualmente infinita y le permitía el descubrimiento de secretas y remotas afinidades, como si todo lo escuchado o leído estuviera presente en una suerte de mágica eternidad". Y así prácticamente anticipa el retrato que del mismo Borges trazaría Genette, cuando escribe que "el mito admirable que nos propone Borges es consi-

derar la literatura como un campo de plasticidad siempre en movimiento y siempre totalmente presente en sí mismo, donde las relaciones más inesperadas y los encuentros más paradójicos son posibles a cada instante".

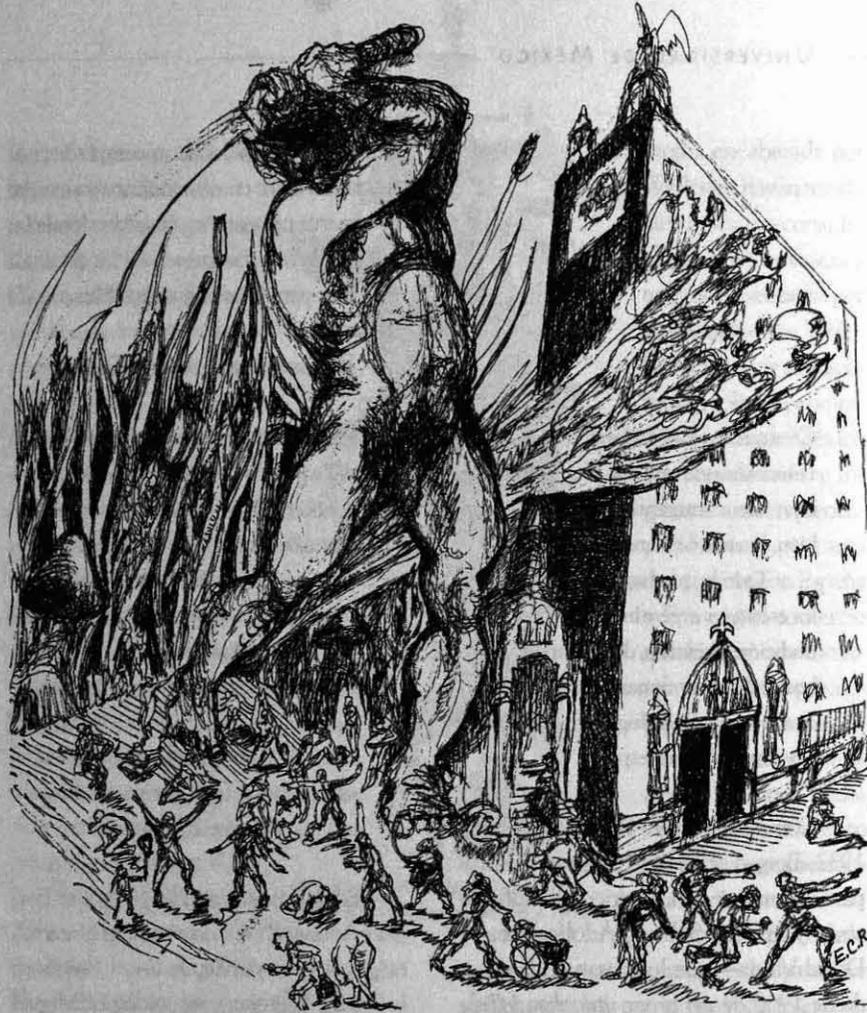
De acuerdo con Amelia Barili,

tan grande fue el giro que dio y la revisión de los proyectos literarios que tenía antes de conocer a Reyes, que Borges consideró *Discusión*... como el primero de sus libros de ensayos digno de aparecer en sus *Obras completas*, y durante su vida no permitió que se reimprimieran los otros libros de ensayos que había compuesto antes: *Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza* y *El idioma de los argentinos*, en los que expresaba en forma radical su interés por crear una literatura con color local.

En un ensayo titulado "Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: una amistad literaria", originalmente publicado en el *Boletín de la Capilla Alfonsina* y recogido por Miguel Capistrán en *Borges y México* (Plaza Janes, México, 1999), Donald Yates había señalado que "Reyes le brindó a Borges su amistad... y sus sanos consejos —siempre emitidos en un tono mesurado y tranquilo— en un momento crítico en la carrera de éste, cuando el joven Borges de 28 años buscaba la salida de un estilo forzado y exageradamente elaborado". Según él, la contribución de Reyes a la formación literaria de Borges presenta tres aspectos fundamentales. Primero,

Reyes parece haberle comunicado un criterio más exigente en lo que se refiere a los libros que publicaba y en cuanto al estilo, se observa una mayor fluidez y un tono mucho más natural. Finalmente, y de mayor importancia, Reyes parece haber despertado en Borges la idea de que él sí era capaz de escribir cuentos.

Amelia Barili amplía el análisis de Yates al señalar la importancia de las ideas de Reyes para la evolución de Borges y corrige de paso a varios estudiosos y biógrafos de Borges, como Rafael Olea Franco, que en su libro *El otro Borges, el primer Borges* (Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires,



Estrella Carmona, de la serie *La expulsión del Paraíso*, 2000, tinta china/papel, 26.5 x 22 cm

1989) maneja la hipótesis de que “hacia inicios de la década de 1940, Borges ha encontrado ya una estética que incluye el conjunto de recursos literarios que posibilitarán luego sus escritos más logrados y difundidos” y explica la evolución de Borges sin mencionar a Reyes, que para Barili es el factor clave. Incluso en un artículo publicado recientemente (*Borges: desesperaciones aparentes y consuelos secretos*, El Colegio de México, 1999), Olea Franco señala que Borges practicó un constante reacomodo de sus textos en libros y colecciones que nunca adquirieron una fijeza absoluta y considera como un “ejemplo extremo” el ensayo “El escritor argentino y la tradición” redactado, según él, a inicios de la década de los cuarentas, pero que Borges decidió incluir a posteriori en *Discusión* (1932), con lo cual

simuló que desde entonces poseía una concepción de la literatura que renunciaba a la búsqueda deliberada del color local, al nefasto nacionalismo voluntario que había cursado con tanta enjundia en su juventud y que luego repudiaría has-

ta el extremo de prohibir la reimpresión de sus primeros libros de ensayos.

No se le ocurrió pensar que Borges incluyó ese ensayo en la segunda edición de *Discusión* porque sintió que ahí debía estar, en un libro que Reyes le inspiró. Por cierto, Borges asegura que se trata de una conferencia pronunciada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, y Rodríguez Monegal la fecha en 1951, por lo cual me parece que si Olea Franco sabe que Borges redactó su ensayo en los cuarentas, debió probarlo.

En su biografía de Borges, Rodríguez Monegal recuerda que Reyes fue designado embajador en Argentina durante 1927 y que “solía invitar a Georgie a cenar cada domingo en la embajada”. Pedro Henríquez Ureña había servido de enlace y cuando Reyes desembarcó en Buenos Aires en el otoño del 27, don Pedro y Georgie organizaron un banquete de bienvenida y éste pronunció un “discurso dadaísta”. Rodríguez Monegal anota que “Reyes había dominado el arte de ser sucinto” y en la época en que Borges lo conoció “había perfeccionado una prosa sutil, poética y extremadamente

condensada”. Por eso, considera que la de Reyes tuvo “una influencia liberadora” sobre Borges y que lo ayudó sobre todo a depurar su estilo. Desafortunadamente, Rodríguez Monegal se ocupa de la amistad entre Borges y Alfonso Reyes en el mismo capítulo en que trata de Xul Solar y Francisco Piñero con lo que le resta importancia. Para él, el accidente que Borges sufrió en la víspera de Navidad de 1938 representa simbólicamente una muerte y una resurrección, porque “tras el accidente Borges pasó a ser un escritor diferente, creado ahora por sí mismo”. Para él, ese accidente fue lo decisivo.

Y ni hablar de otro biógrafo como Horacio Salas que menciona la inclusión del ensayo de 1951 en la segunda edición de *Discusión*, señala que “completa el volumen, le otorga definición a una problemática que en la literatura nativa se vivió con los titubeos propios de la inseguridad” y reseña los ensayos y notas cinematográficas que integran ese libro, pero en ningún momento lo relaciona con Reyes, a quien por lo demás apenas menciona.

Ricardo Barnatán es el biógrafo de Borges que le concede más atención a su amistad con Reyes, pues recuerda que en junio de 1927 Borges escribió un artículo para la nueva revista *Síntesis* dedicado al libro *Reloj de Sol* de Alfonso Reyes y el 9 de septiembre participó en el banquete de bienvenida al nuevo embajador mexicano. Anota que Reyes incluyó en los Cuadernos del Plata un libro de poemas de Borges que ganó un premio y que años después, en 1938, la revista *Destiempo*, que Borges dirigía con Bioy Casares, publicaría un libro de Reyes, *Mallarmé entre nosotros*. Alfonso Reyes pasó en Buenos Aires otra temporada entre los años de 1936 y 1937, y su amistad con Borges se prolongó a lo largo de una correspondencia que duró hasta la muerte del mexicano en 1959. Lamentablemente, Borges no conservaba las cartas recibidas y no hacía tampoco copia de las suyas, como otros escritores, pero una parte de ese epistolario, estudiado por James Willis Robb, se mantiene en la Capilla Alfonsina. ♦

Amelia Barili: *Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes: la cuestión de la identidad del escritor latinoamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999. 240 pp.